



REFLEXION

La política en cielo o la oreja en el suelo.

Golpe, democracia y mentalidad popular/
Teresa Tovar

1. GOLPE Y DESENCUENTRO

El 5 de abril se vivió una doble sacudida: de un lado la suspensión de las instituciones y reglas de funcionamiento democrático y, de otro lado, el desencuentro entre la sociedad y la mayor parte de la élite política e intelectual del país.

El golpe reafirma la política neoliberal y junto con el desencuentro tienen como fondo oscuro el creciente peso de la violencia terrorista, cuyo accionar va redefiniendo cada vez más el escenario nacional constituyéndose en uno de los ejes ordenadores de la coyuntura y del tiempo político.

Ante este panorama, no se articula una oposición política eficaz al golpe, porque no se supera el problema del desencuentro. Así, mientras la llamada clase política se enfrascaba en la defensa legal de la democracia, el curso político real de los acontecimientos estaba en manos de otros actores y factores, que tenían peso gravitante: Fujimori y su entorno, Sendero, las Fuerzas Armadas, la opinión pública y la presión internacional.

Los partidos políticos enlazaron su voz con el entorno internacional pero fueron incapaces de sintonizar, y ni siquiera de escuchar, a la opinión pública. Lejos de ser enlace y pegamento entre sociedad y política, ejercieron un juego de oposición al golpe escaso de imaginación. Así, de un lado, pugnaron por el retorno a reglas de juego anteriores, que habían sido rechazadas por la sociedad como parte de lo viejo. De otro lado, sus propuestas no guardaban tampoco proporción con la dimensión de las cuestiones gravitantes que acuciaban al país: la renovación del sistema político, el programa económico liberal y la violencia.

En este contexto, las mayorías insatisfechas y agobiadas por un cúmulo enorme de problemas antes y después del 5 de abril, buscan diversos canales representativos que expresen su sentir y urgencias. Las votaciones electorales recientes expresan este desconcierto y esta búsqueda.

Pareciera haberse olvidado algo que es elemental en hacer política: "pegar la oreja en el suelo" y escuchar lo que dicen, piensan y sienten las personas para, desde allí, elaborar propuestas y construir liderazgos ⁽¹⁾. Este terreno se ha dejado libre para la influencia del resto de actores y del propio gobierno.

Queremos en esta oportunidad llamar la atención sobre este factor no auscultado, e incluso menospreciado por la élite política e intelectual del país: la opinión pública y, dentro de ella, las opiniones de los sectores populares mayoritarios. Siendo obvio que este pensamiento discurre en el terreno ambivalente del sentido común, resulta también innegable su efecto crítico en el proceso de construcción de racionalidades o sentidos, así como la necesidad de su intervención para emprender cualquier acción que se proponga logros en el curso histórico.

Preferimos usar el término "sentido" como un sinónimo más completo que "racionalidad". De un lado porque alude simultáneamente a contenidos y experiencias de distintos actores; y, de otro lado, porque el sentido (o la confluencia de sentidos) se construye históricamente y no puede ser únicamente una elaboración intelectual. En todo caso, el contenido de "racionalidad" debería desanudarse de las viejas tesis de teoría política y reinventarse junto con los de democracia y de política.

Mientras no se coloque la oreja en el suelo, la racionalidad política estará en el cielo, en lo etéreo de las fórmulas abstractas, y el acontecer real se escapará de los intentos "racionales" por asirlo.

(1) En Norteamérica, la expresión "pegar la oreja en el suelo" es muy difundida y significa que cualquier político que pretenda ser elegido asume como cuestión práctica elemental ir a diversos y múltiples lugares para hablar con las personas, preguntarles sus preocupaciones, escuchar su voz.

2. LAS PARADOJAS DEL SENTIDO COMUN. LA EXPERIENCIA LLAMA A LA PUERTA DE LA REFLEXION

En el contexto anterior, resulta imprescindible preguntarse por qué la opinión pública, a la vez que respalda mayoritariamente el golpe de Estado (80%), se declara simultáneamente a favor de la democracia y en contra de la dictadura como régimen de gobierno.

La lectura de este hecho, por la mayor parte de la intelectualidad política ha registrado sólo uno de los lados del sentido común: la adhesión al golpe, mostrando extrañeza sobre el otro, o visualizándolo como ilusión mágica ⁽²⁾. Dar cuenta del conjunto exige ir más allá de señalar componentes autoritarios presentes en la sociedad y más allá de la diagnosis de fragmentación de la sociedad peruana, elementos presentes pero que explican sólo uno de los lados de la paradoja y que, por lo demás, no son exclusivos de los sectores populares.

No se trata de una oposición entre la democracia de las élites (inmunes al autoritarismo) y el autoritarismo de los sectores populares, (que, según la visión que criticamos, serían incapaces de actitudes democráticas, debido a su precariedad de vida y deficiencias de nivel cultural). Plantear esta oposición tiene el supuesto de que el contenido de lo democrático está, exclusivamente, en quienes tienen una definición moderna de democracia, cuyos referentes teóricos no se ponen tampoco en discusión. Desde esta postura resulta natural obviar lo que se percibe en calles, micros y plazas todos los días, para circunscribirse al razonamiento encapsulado de un círculo cada vez más limitado de personas.

Dar una respuesta a dicha pregunta significa asimismo salirse de la hipoteca a los referentes absolutos de verdad (ya sea "el pueblo", "la doctrina", o "el partido") e intentar una confrontación de sentidos y sensibilidades que comience por registrar los sentimientos y actitudes suscitados por el golpe, auscultando las nociones de política y democracia inmersas en estos comportamientos, para nutrir, transformar o modificar las definiciones que se manejan habitualmente en los círculos ilustrados.

Tal vez pueda argumentarse que la experiencia es una fase del conocimiento de muy bajo nivel y que el sentido común a que da lugar es grosero, consistente en ideas contaminadas e inepto para el raciocinio. Pensar así, señala Thompson, es un error muy típico de ciertos intelectuales que

(2) "Estamos ante una actitud irracional de las masas que apoyan el golpe y piden cambios rápidos y mágicos" (Rospigliosi, Fernando, *Caretas*, abril 27, 1992, "Todos los grupos sociales que apoyan el golpe, así como sus ejecutores están envueltos en una pátina de profunda irracionalidad" (Rodríguez Rabanal, *Caretas*, Abril 20, 1992)

suponen que los seres humanos corrientes son estúpidos⁽³⁾. Fuera de los recintos académicos se desarrolla otro tipo de conocimientos que, aunque no poseen contornos claros, son transparentes y reveladores para quienes no corren una cortina sobre ellos.

Además, la experiencia, entendida como expresión del ser social que acomete la conciencia, no aguarda callada a la puerta de los estudios u oficinas de políticos y académicos, a la espera de que el discurso intelectual la invite a pasar por resultar funcional a sus proposiciones. Penetra sin llamar a la puerta, vía eclosiones, crisis, muertes o silencios⁽⁴⁾.

El signo de las mentalidades populares luego del 5 de abril parece constituir uno de esos movimientos telúricos que acometen la conciencia y las seguridades de los paradigmas. Lastimosamente aún no consigue remover las visiones ilustradas de la política, porque éstas pretenden que todo (en la teoría) sigue quieto o que se trata tan sólo de un leve temblor.

3. RESTITUYENDO ALGUNOS SIGNIFICADOS. DEMOCRACIA Y MENTALIDADES POPULARES

En esta ocasión queremos partir de las percepciones sobre democracia, presentes en la mayoría de la opinión pública, y, particularmente en los sectores populares. Es obvio que estas percepciones por parte de los sectores populares no constituyen LA racionalidad democrática, pero, a estas alturas de la reflexión es claro que, en lugar de plantearse UNA racionalidad democrática hay, que partir primero, como señala Guillermo Rochabrún, del ejercicio de "restituir el significado que las palabras tienen para la gente".

Así, dichos significados expresan el sentido y/o racionalidad de determinadas nociones (sobre democracia en este caso) que, pese a no ser "sistémicas", existen, y se derivan de un enlace permanente entre experiencias históricas vividas anteriormente y urgencias del presente. Reafirmando lo dicho líneas arriba, si hay sentido, entonces cabe hablar de búsqueda o construcción de racionalidades.

Asumimos el término "mentalidades" en la medida en que, de un lado, nos ayuda a definir el pensamiento popular como un acumulado de sentidos, evitando así una visión epidérmica de la cultura. Y de otro lado, porque expresa (al igual que el término gramsciano de sentido común), la complejidad de los componentes y vivencias que las constituyen.

Recojemos aquí parte de las apreciaciones ya formuladas en otros análisis respecto a este punto, añadiendo algunas cuestiones y precisando

(3) THOMPSON, Edward P. *Miseria de la teoría*, Ed. Crítica, Barcelona, 1981, p.19.

(4) *Ibidem*, p. 21.

otras. Nos centramos en esta oportunidad en opiniones de la población urbano-popular limeña, sector sobre el que versan los datos de dichas exploraciones. Estas exploraciones provienen tanto de encuestas como de talleres y observación directa⁽⁵⁾.

a) De una parte, parecería existir un rescate de los componentes de igualdad y democracia directa *junto* a los aspectos formales que reglamentan el funcionamiento del sistema político. La división de la democracia en aspectos reales y formales hecha desde la lectura intelectual, no resulta tan nítida para los sectores populares, pues ambos aparecen imbricados dentro del sentido común.

Por ello es que las distintas encuestas y auscultaciones a posteriori del golpe constatan, un tanto sorprendidas, una valoración popular de aspectos de la democracia formal, en la medida en que ellos posibilitan la vigencia de las libertades, en la medida en que legitiman derechos sociales y en la medida en que ordenan el funcionamiento de la sociedad⁽⁶⁾.

Para pobladores y pobladoras Democracia = gobernabilidad + derechos y deberes + justicia + participación + eficacia + reglas de juego + moralidad⁽⁷⁾. No olvidemos tampoco que, ni Fujimori es percibido como dictador⁽⁸⁾, ni San Román es visto como representante de la institucionalidad democrática.

Si esto es así, entonces no cabe ni tiene sentido la nueva polaridad que se construye en el análisis post-golpe: pueblo = democracia real versus clase política = democracia formal. En la lectura de los sectores populares, lo sucedido el 5 de abril no es visto tampoco como una contraposición entre dictadura versus institucionalidad democrática, sino como una oposición entre gobierno y desgobierno, entre inmoralidad y moralización, ineficacia de los parlamentarios y cambio del sistema de representación, cuestiones que constituyen, distintos sentidos otorgados a la democracia, desencontrados con la racionalidad democrática de la élite.

b) De otro lado, la aprehensión de nociones como la de democracia no constituye un proceso intelectual de "toma de conciencia". Es en la lucha por sus condiciones de vida que los pueblos latinoamericanos involucran

(5) Ver al respecto Macassi, Sandro, "Cultura Política del buen gobierno, Calandria, doc. mim mayo 1992, Gonzales, Edurin, "Opinión Pública, percepciones lógicas y racionalidad", Tarea, junio 1992 (en base a un taller con metodología de juegos y grupos). Encuestas de sondeo de opinión pública de Apoyo S.A. abril y mayo 1992.

(6) De allí la importancia que se le da a la existencia del Congreso, la Constitución, los partidos y las libertades. El 88% de pobladores encuestados opina que el Congreso debe existir, el 82% no está de acuerdo con que las fuerzas armadas controlen indefinidamente el país (Calandria, ob.cit.)

(7) Resultados de trabajo de taller, realizado por Tarea en Villa María del Triunfo, mayo 1992. Gonzales, ob.cit

(8) Por ello, Fujimori no es percibido como "dictador", sino como "un hombre bien intencionado que quiere cambiar el país" Encuesta Calandria Mayo 1992, Macassi, ob.cit.

algunas dimensiones de la democracia. Como decía Aldo Ricci muchos años atrás: el pueblo lucha por la democracia cuando brega por sus condiciones de existencia social ⁽⁹⁾.

La noción de democracia, como muchas otras en los sectores populares, no parte de un núcleo de racionalidad doctrinaria o de un nivel de cultura o instrucción determinado sino que se teje a partir de una mezcla de realidades y de utopías. La percepción cruda de los límites de nuestra democracia y de nuestro desarrollo (léase también: de nuestra modernidad) se sustenta en su experiencia vivida, articulándose en sus opciones cotidianas con los postergados pero no anulados anhelos de cambio.

Seamos claros, en los años 75-80 el pueblo no luchó por la democracia como sistema político en abstracto, como una opción racionalista por la modernidad, sino por la defensa de los niveles de vida y de los derechos alcanzados, así como también por las libertades de expresión y de movilización y por la defensa de los niveles de participación conseguidos. En este itinerario, los sectores populares descubrieron e involucraron vitalmente tanto algunas dimensiones de la democracia (real y formal), como elementos de utopía y cambio social.

En los años 90 estos sectores tampoco se sitúan en contra de la democracia como sistema político, sino que están bregando por sobrevivir económica y políticamente en medio de la crisis más honda de la segunda parte del siglo; y, en este camino, incluyen algunas demandas democráticas, así como una apuesta por el futuro ⁽¹⁰⁾.

Los diagnósticos de estas luchas como comportamientos economicistas, o seriamente limitados por la desesperación y la sobrevivencia, configuran una visión que, a nuestro parecer, revela una miopía para poder reconocer las múltiples luchas con contenido democrático e igualitarista que ha librado el pueblo peruano en el presente siglo, que transitaron bajo la conducción de distintas racionalidades. Estas luchas van desde los movimientos anarquistas de principios de siglo, las luchas libradas bajo la conducción aprista y los movimientos campesinos del 50 y 60; hasta la defensa de los gobiernos locales y de las organizaciones de sobrevivencia, pasando por la radicalización de las reformas en la época de Velasco. La poca y precaria democracia que tenemos en este país se debe sobretodo a esta intervención de estos actores y movimientos. La intervención de los partidos políticos ha ocurrido a veces a destiempo de los acontecimientos (recordemos tan sólo la época de Velasco), con errores de propuesta y discurso, y

(9) RICCI, Aldo, "Hegemonía y Democracia", *Revista Crítica y Utopía*, Bs. As. 1978.
(10) Es más, lo ocurrido el 5 de abril no es verbalizado como dictadura, sino como una suspensión temporal del necesario funcionamiento de las instituciones. Gonzales, ob.cit.

con incapacidad incluso para emprender la reforma democrática al interior de su propia institucionalidad.

c) De otra parte existe una distancia entre la idea de ciudadano y la realidad del ciudadano marginal. Los sectores populares resultan siendo ciudadanos de segunda categoría, por diversas razones. De un lado por la mayor inequidad con que acceden a los beneficios de la modernidad y el progreso, lo que se torna más agudo en épocas de crisis y de pauperización. De otro lado en razón de la mayor violación y atropello de sus derechos en la vida cotidiana (violencia, prejuicios, etc). Finalmente por su mayor dificultad para acceder a los mecanismos de representación y delegación. Es en razón de esto último que en las encuestas la democracia es visualizada como igualdad y como participación dentro de la población barrial limeña por ejemplo ⁽¹¹⁾.

Por esta misma razón se observa una base de pragmatismo- realismo en la percepción popular sobre democracia: la democracia importa en la medida de lo que se pueda conseguir y construir. Al parecer, como señala Macassi, la democracia no tiene un sentido intrínseco para la población barrial, sino que es evaluada en función de lo que se pueda realizar mediante ella.

Hay algunas dimensiones de la democracia que han sido interiorizadas por grandes grupos de la población no como ideas o principios, sino como conquistas alcanzadas, como derechos legitimados luego de vastas luchas sociales (voto al analfabeto, libreta electoral, ley de organizaciones sociales, etc). Existen otras dimensiones que se defienden o se busca fortalecer (por ejemplo gestión local) y otras que se espera alcanzar: paz, mayores niveles de participación, renovación del sistema político.

En esta misma perspectiva, es posible entender también de qué manera la democracia y la modernidad están siendo matizadas fuertemente por aquello que se ha venido llamando cultura del trabajo y que refleja un determinado modo de asumir la modernidad desde la precariedad, como algo que se construye, que se consigue trabajando. Ello es asumido desde una cierta conciencia de que el pueblo está desafiado y al mismo tiempo cercado por el mercado. A partir de allí opera también una redefinición de los ideales utópicos de la sociedad que liga modernidad e igualdad, inserción en el mercado y defensa de los derechos de los marginados (acceso a créditos, la informalidad, la pequeña empresa, etc.) ⁽¹²⁾.

d) Desde su situación de exclusión o marginación, y a partir de sus distintas experiencias las mayorías populares otorgan el poder con duda y con condiciones. Por ello en los encuestados después del 5 de abril destaca con

(11) Calandria, ob.cit, cuadro 21.

(12) No olvidemos que los pequeños empresarios se identificaron con Fujimori y en contra de Vargas Llosa visualizado como "pituco" y "blanco" en las elecciones del 90.

fuerza el pedido de "cumplimiento de las promesas" (13). El componente crítico del apoyo a Fujimori se nutre del temor a un nuevo engaño y por ello el apoyo tiene un carácter temporal a la vez que está condicionado al cumplimiento de lo ofrecido.

Las oscilaciones de la opinión pública en este contexto no constituyen sólo "estados de ánimo" superficiales o simple resultado de la "manipulación". Son cambios en función del cumplimiento o no de lo esperado y de la búsqueda de nuevas esperanzas. De ocurrir un cambio en la opinión pública (disminución del respaldo a Fujimori, por ej.) esto se dará porque el gobierno no cumple con lo que se espera. Además, las eclosiones de opinión son uso de uno de los pocos medios que el pueblo, marginal a la democracia, tiene a su alcance para ejercer su presión por la justicia y el orden (14).

e) La opinión pública no se coloca en contra del sistema democrático institucional, sino que aspira a una mejora del mismo, en dos sentidos: una ampliación de los niveles de representación y participación (tanto en las instancias gubernamentales como en los partidos políticos) y la moralización de las instituciones y poderes.

El golpe del 5 de abril es leído por eso como una medida temporal para perfeccionar la democracia y atender los problemas urgentes del país (pacificación, moralización, salida de la recesión) (15).

f) Finalmente, la condición de violencia que cubre la sociedad peruana juega un papel central en este punto. De un lado, es medular dentro de las cuestiones sensiblemente gravitantes para cualquiera que habite en este país. Y, de otro lado, sucede que los sectores populares conviven con la violencia hace mucho tiempo, aún en plena vigencia de las reglas democráticas. Ellos no han perdido muchas libertades con el cambio de régimen. La persistencia de una apuesta por la libertad (75% a favor de la democracia) nace desde esa profunda y larga opresión.

Por esta misma razón, los significados más atribuidos a la democracia son el respeto a los derechos humanos y la libertad de expresión, cuestiones que tienen mucho mayor peso que el modo de elegir el gobierno o la

(13) Calandria, ob. cit., cuadro 19, APOYO, ob. cit. Según Apoyo, preguntados por lo que esperan del gobierno de A. Fujimori en los próximos 12 meses, la respuesta con mayor porcentaje fue "que se cumpliera con lo propuesto el 5 de abril".

(14) Muchas de las ambivalencias del sentido común se pueden explicar desde esta óptica:

- apoyo al golpe y opción por la democracia
- apoyo a la disolución de los G. Regionales, (de los que no se ha percibido un funcionamiento real) y exigencia de elecciones Municipales
- aceptación del costo del modelo y persistencia de una utopía de cambio.

(15) Por ello ante la pregunta ¿Qué paso el 5 de abril? hecha por tarea (Gonzales ob. cit.) los participantes en el taller respondieron: "Se canceló temporalmente el Congreso", "Se restringió momentáneamente la libertad de prensa".

división de poderes, y que aparecen con mayor fuerza en los estratos C y D de la población según las clasificaciones de APOYO (16).

La incertidumbre y precariedad en que viven las mayorías populares y que, a partir de 1992, ya se extienden a la mayor parte de los ciudadanos, las conducen a buscar un alivio, al menos transitorio. Por ello el golpe fue percibido como una "renovación de esperanzas y seguridades" (17) luego de largos años de constatar las dificultades crecientes para enfrentar el problema del terror.

Así, luego de llevar a cabo en los 80 una estrategia de *resistencia* a la violencia que incluía desde la defensa personal de las dirigentas hasta marchas por la paz, embanderamientos blancos, etc. (donde la consigna que alentaba el futuro era: "a más organización, menos terrorismo" y viceversa); en 1992, las pocas certidumbres que quedaban en torno a las posibilidades de lograr la pacificación como condición de democracia y de humanidad se derrumban.

El asesinato de María Elena Moyano y el paro armado de febrero 92 cierran un ciclo, mostrando, no sólo los límites de la acción de la organización social de los 80 (capaz de sortear el problema del hambre y de la sobrevivencia pero derrotada en su intento de sortear la violencia), sino la abrumadora presencia del problema del terror como algo objetivamente intenso, cotidiano y dramático. Si a ello se le añade la sensación de orfandad política porque los sectores populares no contaron para esta batalla con la élite política, entonces puede explicarse el desarrollo de un sentido común popular frente al terrorismo surgido en el contexto de ausencia de racionalidades alternativas que hagan frente al fenómeno violentista en crecimiento y que al mismo tiempo reconstruyan las redes de confianza y representación política.

Desde este contexto las aspiraciones de democracia, libertad o mejoría económica, aparecen cercadas por la situación de violencia, aunque no por ello desaparecen. Por el contrario, se anudan fuertemente con la imposterable defensa de la vida y logro de la paz.

Simultáneamente, en la medida en que crece la presencia cotidiana y nacional de la violencia, el enlace entre paz, orden, y humanidad parece constituirse en consensual a la vez que en contenido primero y previo de cualquier propuesta política.

En suma, existe entonces un aprendizaje vivido (y por lo tanto un conocimiento de algún grado) de distintas dimensiones de la democracia.

(16) Según la encuesta APOYO entre el 8 y 10 de mayo de 1992, las características fundamentales de una democracia son: respeto a la libertad de expresión: 66% y a los derechos humanos, (estratos C y D) mientras que en los estratos altos las más mencionadas son elecciones libres y libertad de expresión.

(17) Conversaciones con dirigentes de Villa María del Triunfo. Abril 1992.

Este proceso está marcado, tanto por la situación de violencia y crisis, como por la forma como funcionan la democracia y la modernidad en nuestro país. Ni verdaderos o falsos, los sentidos de democracia y equidad resultantes son parte de una búsqueda de certezas para el presente y en el futuro.

4. LAS BRECHAS DE LA DEMOCRACIA

Entender un poco mejor las percepciones que hemos reseñado arriba nos lleva a hacer dos consideraciones, a nuestro parecer fundamentales, sobre la democracia en el Perú.

1) En primer lugar, lo sucedido el 5 de abril en las mentalidades populares, reedita lo que pasó en mayo de 1990 (primer triunfo de Fujimori). A través de eclosiones de opinión, los sectores populares han hecho manifiesto el gigantesco distanciamiento producido entre el Perú social y el Perú político y entre la élite política y el sentido común, distanciamiento acentuado por la crisis (que debilita las instituciones y achica al Estado).

Por ello el contrasentido señalado al inicio del acápite anterior (apoyo a Fujimori, rechazo de la dictadura y opción por la democracia) recorre toda la pirámide social. La sensación de impase, el requerimiento de orden, y la distancia frente a la clase política son comunes, como también lo es la preferencia por el sistema democrático. Lo que es diferente al interior de esta ancha franja social es, de un lado, la manera como se entienden determinadas cuestiones como la democracia, el orden o la política y, de otro lado los intereses, reivindicaciones, y esperanzas de mejora que los múltiples sectores de nuestra sociedad tienen pendientes o latentes tras el anhelo de cambio político, (y que intentan procesar al interior del modelo económico en curso) (18).

Detrás de la discusión sobre democracia está pues, entre bastidores, aquella otra sobre el desarrollo y el curso del ajuste. Por ello, si se plantea debatir entre democracia y dictadura, (o entre radicalización de la democracia y democracia liberal posible), ocurre, como señala Guillermo Rochabrún, que se está abstrayendo la democracia de la cuestión del poder o diluyendo éste dentro de la discusión sobre la *arquitectura* de la democracia. La utopía de una sociedad democrática plural y participativa no exime

(18) Las mayorías del país han depositado sus anhelos y sacrificios en el programa económico pues, entre otras cosas, no ven otro alternativo. Aunque las esperanzas de estas mayorías tienen puntos discrepantes con las demandas de otros sectores (flexibilización de la mano de obra, eliminación de subsidios, etc) ésto no sale a luz en lo cotidiano. Predomina el cerrar filas (contra la recesión y la violencia) a cualquier costo. No es transparente tampoco quién gana más y quién pierde más con el modelo.

de afrontar el problema de la negociación y conflicto de intereses (Michael Lowy) (19).

2) De otro lado, la crisis de la economía y la sociedad peruanas adelgaza los cimientos de equidad y consistencia de nuestra precaria democracia, haciendo evidente que en nuestro país no se puede asumir reduccionistamente la formalidad democrática como criterio único de racionalidad, sino que sea imprescindible partir de la pregunta sobre cuál es el funcionamiento de la democracia en nuestro país y cuál es la racionalidad democrática que es posible plantear en él.

La democracia real de América Latina implica que muchas reglas y valores tienen un significado muy laxo para vastos sectores de la población que viven en *los bordes de la democracia* y en los linderos de la economía, mientras que otras son relativizadas a contrapeso de reivindicaciones consideradas más importantes. Ello se da porque nuestra sociedad tiene no sólo sectores que viven en la informalidad económica, sino sectores que han convivido con la violencia (delincuencial, política, social, familiar), la que no se ha visto reducida sustantivamente por los cambios sucesivos y alternados de regímenes militares a regímenes constitucionales.

Los sectores oprimidos de nuestra sociedad miran con cautela y al mismo tiempo con esperanza tanto unos regímenes como otros, pues, además, no han faltado gobiernos militares que, suspendiendo las reglas de juego democrático ensancharan la democracia social e incluso aspectos de la democracia formal (No olvidemos que fue Velasco el que dio el voto al analfabeto y que el General Ramón Castilla liberó a los esclavos).

De otro lado, sobre la base de la debilidad estructural de las instituciones y los partidos, sucede que la crisis que afecta la sociedad desde la segunda mitad de la década del 80 ha significado en el plano político el incremento de los niveles de corrupción e inmoralidad de algunos sectores de la institucionalidad estatal, mientras que ha deteriorado la eficacia y legitimidad de representación de los partidos políticos y de las organizaciones sociales, etc.

Esto mella la autoridad moral que tienen los representantes de los partidos políticos para hablar de democracia y da espacio a las presiones de modificación del sistema que vienen desde abajo. La gente no defiende las instituciones en abstracto, sino que reclama cambios en sus contenidos y en las personas que las componen. Por ello, el hombre corriente no se reconoce en el pleito de la antinomia dictadura/democracia, pues sólo en-

(19) ROCHABRUN, Guillermo. "Bolcheviques" y "mencheviques" de la democracia", en *Debates en Sociología*, No. 16, nov. 1991. LOWY, Michael, "La escuela de Frankfurt y la modernidad, Benjamin y Habermas" en *Revista Colombiana de Sociología*, No. 1, Junio 1990

tiende la eficacia o ineficacia, la representatividad o la lejanía de éste u otro parlamento, poder judicial o gobierno regional.

En resumen, existe pues una honorable discusión sobre la arquitectura de la democracia que descansa sobre una enorme brecha entre lo social y lo político y que, además, está sentada sobre la explosiva combinación entre violencia y pauperización. No puede debatirse una cosa sin la otra. En estas circunstancias no cabe formalizar la democracia, disecándola o abs-trayéndola de la crisis o de sus condiciones históricas de realización, que aluden a cuestiones como desarrollo y equidad.

Tampoco es posible separar la democracia de las gentes, cosificándola en un sistema social de regulación y gobernabilidad, cuya sabiduría reside en el sistema político mismo y no en las personas, y donde incluso éstas son vistas como portadoras de impedimentos irracionales para que la democracia-cosa avance sin perturbaciones o desviaciones.

Instituciones, actores e intereses aparecen articulados en la vida concreta y se dan mutuo sentido e inteligibilidad. Unos requieren de los otros y viceversa. Simultáneamente la interrelación entre ellos produce conmociones y remociones en los saberes y racionalidades. Pareciera que hoy la intervención de las gentes (vía la opinión masiva) perturba la tranquilidad de una visión institucionalista de la política. No hay una percepción recí-proca: las gentes ven necesarias las instituciones pero no a la inversa, mientras permanece latente la confrontación de intereses que, de expresarse, trastocaría aun más radicalmente el debate sobre este tema.

5. REPRESENTACION POLITICA Y DEMOCRACIA

La necesidad de rediscutir lo que se entienda por cultura política e incluso por política se hace urgente. Resulta cada vez más evidente que la política debe ser expresión de las distintas relaciones y experiencias sociales de las gentes y no sólo determinadas dimensiones encerradas en algunos conceptos que se asumen como casilleros a llenar (por ejemplo la idea de ciudadano, la de la división de poderes, la de votación universal y secreta, etc.) muchos de los cuales son válidos, otros son insuficientes, mientras que hay algunos que no encajan totalmente con la historia y realidad peruanas y latinoamericanas.

En un país pluricultural y pluriétnico, con hondos desencuentros regionales y, simultáneamente, con tradiciones culturales de larga data, ¿Cómo construir relaciones de representación política que involucren el conjunto de vivencias allí contenidas, sin amputarlas? La política resulta entonces una construcción de significados y sentidos múltiples.

En este sentido, la democracia no es un concepto abstracto sino una construcción histórica que, como señala Carlos Franco, debe expresar y re-

solver la historia de un país, en lugar de limitarse a un conjunto de definiciones (reglas, procedimientos y comportamientos) previamente asumidos, en base a los cuales se analiza (calificándola o descalificándola) la historia y la tradición cultural de los pueblos) (20).

La democracia alude a la construcción de relaciones de equidad o igualdad social y política, así como a la producción de mecanismos de representación que sean capaces de expresar y hacer participar a los distintos grupos y sectores de la sociedad. Las personas, gentes o sujetos, inmersos y aludidos por este proceso son los que dan sentido a las reglas y a los sistemas de representación y no a la inversa. Por ello cuanto más heterogénea sea una realidad, tanto más creativa y plural tendrá que ser la propuesta de representación democrática.

Asimismo, está en cuestión la asunción sistémica de la modernidad como proyecto universal para la humanidad, el mismo que supone que no hay sino una única historia, unilineal y progresiva de la humanidad a la cual tiene que quedar incorporada cada historia particular y donde cada hombre tiene que quedar subsumido en categorías (sujeto ciudadano, por ejemplo), para no quedar fuera de *La Historia*. (21) Esta entrada resulta hoy cuestionada por la explosión de las diversidades, la valoración de lo heterogéneo, la existencia del disenso, del conflicto, la discontinuidad, elementos recogidos por la escuela post-moderna, y que, si bien no constituyen un referente epistemológico suficiente, sí tienen la virtud de poner en agenda los límites de las rigideces, encasillamientos, seriaciones, tipologías y periodizaciones propios de la modernidad.

Asumir la democracia y la política de esta manera, más como un proceso en curso, con tensiones a resolver; y como algo que se va construyendo en relación a los hechos sociales, tratando de expresar sus vibraciones, nos da otra entrada distinta, permitiéndonos, de un lado, auscultar con cierta libertad las diversas demandas y requerimientos de democracia, (representación, participación, equidad, comunicación, derechos, etc) del común de las mayorías, mezcladas con distintos componentes de su cultura; y, simultáneamente, nos evita jalonear entre dos cabos conceptuales: democracia y autoritarismo los intrincados caminos que ha seguido el itinerario de nuestros pueblos en pro de la consecución de mayores niveles de equidad.

Encontramos cierta similitud en la manera de "medir" la existencia o no de racionalidad democrática con las antiguas evaluaciones de la conciencia de clase. Así como la medición de la conciencia de clase suponía la

(20) FRANCO, Carlos, "Yo rescato lo plebeyo", en *Ciudad y Cultura* No. 28, CENCA, marzo 1992.

(21) IBAÑEZ, Alfonso, "La sabiduría en los tiempos del cólera", en *Ciudad y Cultura* No. 28, CENCA, marzo 1992

conformación de clases delineadas y diferenciadas, la evaluación de la racionalidad democrática supone la legitimidad y vigencia de la democracia, (cuestión que hemos visto relativizada en el acápite anterior).

El traslado de la base conceptual de las tipologías de cultura política democrática comienza a mostrar serias restricciones. Su validez, incluso en los países desarrollados, está siendo cuestionada. En nuestros países supone pautas de institucionalización, comunicación e información, así como canales de representación muy diferentes a los que existen en nuestra "democracia real". Parte de estas restricciones se hace evidente con ocasión de los sucesos del 5 de abril.

6. CUANDO LOS REFERENTES DE ANALISIS DEJAN DE FUNCIONAR

En los intentos de evaluar o analizar las mentalidades populares en relación a los sucesos del 5 de abril de 1992, ha sobrevenido la búsqueda desesperada de un referente de evaluación que explicara ese nuevo desborde de la realidad social respecto de los paradigmas y tipologías existentes.

Habiendo el grueso de la intelectualidad asumido ya desde tiempo atrás la modernidad y la democracia como referentes de racionalidad, se tiende a evaluar los sucesos en términos de dos antinomias fundamentales para este punto de vista: tradición- modernidad y autoritarismo/democracia. El supuesto de base es que la teoría política moderna supone y estipula un "comportamiento moderno" de los actores, como base para la construcción de instituciones, de la sociedad y del sistema político.

En esta lógica, el comportamiento de los sectores populares peruanos reflejaría un primer contrasentido. Hace menos de un año se había sostenido que eran fundamentalmente modernos, con rasgos de individuación y secularización importantes (22), y que en los años finales de la dictadura militar habían apostado por la democracia. Medidos con el mismo termómetro, en 1992 resultan autoritarios, tradicionalistas y anti-democráticos, habiendo depositado además su "fe absoluta" en el nuevo dictador.

Las explicaciones más matizadas (dentro de la misma opción paradigmática) señalan que ambos rasgos, autoritarismo y democracia, coexisten en los personajes del mundo popular y que ahora los primeros rasgos (es decir los autoritarios) se hacen preeminentes. Los análisis más polarizados puntualizan no sólo la ausencia absoluta en el pueblo de todo signo democrático sino la carencia de todo elemento de civilización moderna (analfabetismo cívico) o la imposibilidad cuasi genética (derivada de la

(22) Ver, entre otros, los artículos de C. R. Balbi; A. Adrianzen; H. Béjar; R. Grompone etc.

precariedad de las historias de vida o de la extrema pobreza) de acceder a valores democráticos (23).

Otra sutil diferencia podría observarse en relación a la mayor superficialidad y el carácter efímero u ocasional (en el sentido gramsciano) de las votaciones y de las encuestas. Esto último remitía a los analistas a una nueva pregunta: ¿Estamos ante un fenómeno de opinión pública pasajero o se trata de algo más que involucra cierta racionalidad que es sedimento significativo dentro de la cultura política popular peruana? ¿Este sedimento es únicamente autoritario? ¿qué es la cultura o las culturas en los sectores populares?

A la par que se complejizaban las preguntas, el fujimorazo del año 90 iba en contra de la apreciación de superficialidad y desataba un doble temor. De un lado resucitaba algunos viejos fantasmas (el fascismo y similares) cuya venida se anunciaba inexorable, desde una predicción del comportamiento popular y sus "carencias de modernidad". De otro lado mostraba que, en contra de las previsiones y deseos, la discutida opinión pública y, a través de ella, los sectores subalternos y pauperizados de nuestra sociedad no sólo estaban entrando en la escena pública, sino que eran un actor en la coyuntura política.

En contraste, los actores "portadores de razón": las élites intelectuales y políticas, habían sido puestas de lado. Surge entonces una nueva pregunta: ¿Las críticas a las élites y partidos políticos tienen un fundamento real en el desfase entre ellos y el pueblo, o son críticas carentes de racionalidad que se originan básicamente de un manejo propagandístico montado desde el Estado?. Si es lo primero, ¿este desfase se debe a que los sectores populares no tienen "cultura política democrática" o alude a una debilidad básica de la propuesta "racional" de los partidos a la sociedad?. Son pocos quienes admiten esto último.

En este intrincado juego de preguntas y respuestas sobre democracia y cultura democrática, existe una cuestión más de fondo aún, que se refiere a los fundamentos de la racionalidad.

(23) Ello aparece puntuado de un discurso que se presenta como democrático y homogeneizador, pero que por momentos nos hace recordar, guardando las diferencias de época, los fraseos de Alejandro Deustua a principios de siglo cuando sostenía que los indios analfabetos eran similares a los animales porque "carecen de toda cultura...¿Qué influencia podrá tener sobre estos seres, que sólo poseen la forma humana, las escuelas primarias más elementales? ¿Para que aprenderán a leer, escribir y contar...los que no son personas todavía, los que no saben vivir como personas, los que no han logrado establecer una diferencia profunda con los animales, ni tener ese sentimiento de dignidad humana, principio de toda cultura? La solución para Deustua estaba en "la cultura superior" en "la educación selecta de las clases dirigentes", en "una aristocracia del sentimiento". Deustua asimismo se reclama liberal y plantea la necesidad del "Estado de derecho" y la defensa de la libertad y de la democracia. DEUSTUA, Alejandro, *La cultura nacional*, UNMSA, Lima 1937.

7. RECORDANDO A COPERNICO: LA CAPACIDAD DE ASOMBRARSE

La construcción de racionalidades parece estar hoy más necesitada de capacidad de asombro que de certezas doctrinarias. Como esto no ocurre, algunos intelectuales tienden a explicar el comportamiento de la mentalidad popular, y del 80% de actores del país, sin salir de las antinomias (razón-sinrazón, democracia-autoritarismo). Ello llevó a muchos a subvaluar los hechos reales y a sus protagonistas como productos de la sinrazón autoritaria.

Recordamos al respecto el asombro de Copérnico que, cuando vio en el cielo cosas que no encajaban en el sistema entonces corriente, pasó por una gran agitación interior. Lo que sus sentidos percibían no estaba de acuerdo con la razón sistemática y no podía creerlo. Se planteó la cuestión y pensó, en serio, si no estaría loco.

Sucede que aquello que no está integrado en el sistema es visto desde una opción racionalista ortodoxa como un producto de la irracionalidad, es decir una desviación del sistema ordenado y cerrado de significados tradicionales. En vez de mirar lo que ocurre para entenderlo, se descarta todo aquello que no pueda explicarse. El lugar de la empiria queda así disminuido en el proceso de construcción de un pensamiento innovador.

Hemos visto que la reacción popular ante el golpe mostraba que habían considerables pedazos de realidad que no eran suficientemente explicados o iluminados por los discursos instituidos, ni tampoco eran considerados por los escenarios establecidos de la vida pública. La preocupación y vivencias del hombre común (mayoritariamente pauperizado y cercado por la violencia) frente a lo ocurrido, constituían un proceso intenso que condensaba sus urgencias y frustraciones dentro de la coyuntura de crisis, con sus sueños y esperanzas de mejora y de cambio. Esto no fue registrado por una lectura que sólo veía dos significados: dictadura-versus democracia, a la par que mutilaba el resto de significaciones contenidas en el fenómeno ⁽²⁴⁾.

La racionalidad de esta situación no podía ser buscada en un solo actor privilegiado e inmune a los efectos negativos de la creciente fragilidad democrática; requería del encuentro de varios saberes y estrategias.

¿Por qué la propuesta de sentido democrático emanada de la intelectualidad peruana aparece desfasada e incluso contrapuesta al sentido primario e, intuitivo de democracia presente en el hombre común?. ¿Dónde está el centro de gravedad de la razón? Así como la tierra no era el epicentro del

(24) Según las encuestas de opinión, el respaldo a los sucesos del 5 de abril se da junto a la mayoritaria preferencia por la vuelta a breve plazo al sistema constitucional, pero renovado.

universo, tal como era aceptado en la teoría en la época de Copérnico, la clase política realmente existente no es hoy exclusivamente el centro irradiador en la construcción de las racionalidades, pues no considera ni puede contemplar el enorme universo de actores y sentidos que la rodea. Los vínculos establecidos entre intelectuales y mayorías en la década del 70 se han reducido a un grado tal que ya no es posible producir nuevos significados y contenidos de política sin resanar la brecha.

En el trasfondo de esta cuestión hay tres temas teóricos a debatir en extenso y que queremos plantear de partida:

1) El problema de la construcción de la racionalidad. ¿Está la razón en un protagonista portador de la verdad (el pueblo) o es patrimonio cerrado de una élite iluminada, minoritaria e ilustrada? Creemos que el pensamiento teórico-político se ha movido entre estos dos polos sin poder romper con la base ortodoxa que ambos encarnan. Copérnico revolucionó la ciencia y la astronomía desde su encuentro abierto con la realidad. En nuestro caso no hay el intento de ver el proceso de encuentros y desencuentros entre actores, hechos y protagonistas ni la asunción de la producción de sentidos y racionalidades como descenso histórico de este proceso.

Volteando el problema cabe también plantearse que unos y otros personajes están atravesados por los efectos corrosivos de la crisis que fragmenta instituciones y vida social en general. El autoritarismo no es patrimonio exclusivo de los sectores populares sino una pesada herencia colonial resucitada en la crisis y que cubre la sociedad entera. La falta de estilos democráticos en el funcionamiento de partidos y organizaciones sindicales y populares es testimonio de una confrontación permanente entre elementos de razón y sinrazón ⁽²⁵⁾.

En este enfrentamiento histórico de elementos progresivos y regresivos, el discurso de uno no anula el discurso del otro. La relación entre el o los saberes cruditos y el o los saberes populares es por ello sinuosa; estos saberes se interpenetran, admitiendo sus diferencias y reafirmando la coexistencia de ambos en una relación de cambio y movimiento. La racionalidad de los modos de pensar, es perforada permanentemente por el acontecer histórico ⁽²⁶⁾.

(25) Parte de la desconfianza hacia las instituciones políticas reside en la constatación práctica del caudillismo y de fallas en la capacidad de representación.

(26) Respecto a esta combinación continua de elementos de razón y sinrazón es útil retomar nuevamente a Gramsci en este punto: "No hay que asumir la discusión científica como un proceso judicial en el cual hay un imputado y un procurador, que debe demostrar que el primero es culpable y digno de ser quitado de la circulación. En la discusión científica, dado que el interés es la búsqueda de la verdad y el progreso de la ciencia, se muestra más avanzado quien se coloca en el punto de vista de que el adversario puede expresar una exigencia que debe ser incorporada".

En una comparación entre Tolstoi y Manzoni, Gramsci señala que, en la literatura de Tolstoi la sabiduría instintiva del pueblo hace la luz y determina la crisis en el hombre culto y ello se refleja en los argumentos y en los personajes de "La guerra y la paz", (27). En contraste, en la literatura de Manzoni existe un aristocratismo paternalista, que satiriza a los personajes populares sin reconocerles ninguna vida interior (28), predominando una concepción por la cual son los espíritus superiores los que influyen en los inferiores. Este contraste no es gratuito, se explica en base al contexto distinto que enmarca la emergencia de la intelectualidad en cada país.

Así, en otras culturas (Francia, Rusia e Inglaterra), existía (según el análisis de Gramsci) una intelectualidad que tiene como trasfondo la existencia de un fuerte movimiento surgido desde abajo. En Italia, en cambio, predominaba una tradición "libresca" y abstracta y las capas intelectuales no se constituyen como referente moral, pues desconocían las aspiraciones y sentimientos del hombre de la calle.

2) La segunda cuestión es si es pertinente o no proponerse la construcción de una supraracionalidad como objetivo o desenlace del proceso de encuentros entre actores e instituciones o si, como plantea la episteme post-moderna, no cabe formular ningún paradigma universal.

Pensamos que de lo que se trata es de una confluencia histórica de sentidos de múltiples actores e instituciones (cada uno con distintas racionalidades) actores y sentidos *mutuamente interpelantes* pese a sus distintos roles y carácter (por ejemplo el papel de un partido político como diferenciado del rol de una organización de mujeres o de la opinión pública). Es en el juego de lenguajes y comportamientos de estos distintos sujetos que se construye objetivamente (antes que racionalmente) una historia de signo progresivo para la humanidad. Los participantes de esta aventura llevan e involucran niveles distintos de racionalización y experiencias, mientras que, en conjunto, permanece la conciencia de los límites del conocimiento junto con una visión abierta de la historia y la búsqueda permanente de certidumbres.

3) La tercera cuestión tiene que ver con el carácter de lo nuevo. Ocurre que lo nuevo es producto de personas o actores no sumergidos demasiado profundamente en un círculo limitado de conceptos y que son capaces de observar y aprehender hechos empíricos que aparecen como a-sistémicos.

(27) Donde Platon Karatiev es un personaje del pueblo, cuyo pensamiento ingenuo ejerce mucha influencia en la concepción de vida de Pierre Bezujov.

(28) Los personajes populares literarios de Manzoni en la novela que comenta Gramsci: *Los novios*: don Abbondio, Fray Galdino el sastre, Gervasio, Agnese, etc. son presentados como gente mezquina, estrecha, sin vida interior. Sólo tienen vida interior los señores: Fray Cristóforo, Borromeo, Don Rodrigo. GRAMSCI, Antonio, *Cultura y Literatura*, Ed. Península, Barcelona 1972.

Los discursos nuevos generalmente surgen desde un punto de partida distinto, y cuestionan los metadiscursos vigentes, justamente porque éstos no son ya capaces de dar cuenta de la realidad y de sus cambios. Por ello lo nuevo tiene como asidero una contemplación abierta del mundo y posee asimismo el signo de la irreverencia.

Los filósofos renacentistas, por ejemplo, fueron "irracionales" por su método (no estrictamente lingüístico) y por su enfoque sustentado en la reivindicación del individuo y en la defensa de su libertad y capacidad de pensar ante la autoridad del Estado medieval. El marxismo también revolucionó el pensamiento y las sociedades desde conceptos enteramente nuevos como enajenación, o plusvalía. Estos distintos aportes del pensamiento universal sustentaron los ideales humanistas y libertarios que hoy constituyen parte de nuestras utopías. No obstante estos mismos sistemas de pensamiento encontraron sus límites cuando se transformaron en un juego cerrado de proposiciones, es decir en retórica y en ideología.

Ahora bien, en nuestro caso, sucede que el metadiscurso de la modernidad y la democracia está encontrando serios límites explicativos en el mundo entero (29). Adicionalmente, resulta cada vez más obvio que la realidad latinoamericana ha obligado paulatinamente a matizar este discurso por medio de sucesivos apellidos: modernidad popular, plebeya, pre-modernidad, etc. Se requiere una renovación de postulados y certidumbres que tiene que partir de tomar distancia de la versión ortodoxa de la modernidad y que necesitará también, a no dudarlo, de nuevos protagonistas.

Creemos que lo ocurrido el 5 de abril ha sacado a relucir estos temas. El punto de inflexión de nuestra reflexión no es una vuelta a la tortilla que descalifique a la clase política e intelectual y asuma a la opinión pública como criterio único de verdad, sino el intento de situarse en una lectura desencasillada que transcurre desde el intento de ver lo que realmente ocurrió el 5 de abril en términos de sus ecos en las mentalidades populares hacia el análisis de las concepciones políticas, para desde allí, y removiendo sin temor falsas seguridades, plantearse la construcción de sentidos.

8. RACIONALIDAD, SENTIDOS Y UTOPIAS

La construcción de una historia progresiva de la humanidad supone el esfuerzo por que se produzca una confluencia de sentidos múltiples tanto

(29) Tanto en Europa como en Norteamérica, la post modernidad ha colocado en el debate un conjunto de observaciones profundas a la teoría moderna: el reconocimiento de los límites del saber, la recuperación de la tradición, las rupturas de los encasillamientos y de los metadiscursos, la asunción de lo diverso y lo discontinuo, etc; aunque no ha podido (ni se ha propuesto) proponer un nuevo punto de partida interpretativo.

en la búsqueda común de nuevas certidumbres y utopías como en la consecución concreta de mayores niveles de equidad, paz, condiciones de vida libre, digna y sin exclusiones. Se trata de aspirar y lograr que estos sentidos predominen sobre aquello que es regresivo, conservador y deshumanizante.

Hoy en el Perú, sucede que el desmoronamiento de las certidumbres de la promesa del progreso y de la modernidad se da simultáneamente a una crisis en la capacidad de proponer y construir sentidos y racionalidades para la historia del país. Paralela y amenazante está la lógica del terror que cubre ya no sólo a los más excluidos y pobres, sino a los ciudadanos en general.

Los sectores mayoritarios de nuestro país están indicando con su experiencia la fragilidad de las certezas, pero simultáneamente están reclamando la necesidad de empatar sensibilidades y propuestas en la búsqueda de un camino de paz y democracia. La política tiene entonces enormes desafíos para engendrar núcleos de sentido y representación.

En esta batalla estamos todos en un amplio frente. Paz, democracia y utopía parecen hoy condensarse en el tiempo social y en el tiempo político. Los diversos agentes articuladores de sentidos tienen el reto de reconstruir sus bases y fundamentos de racionalidad junto con los escombros de calles, casas y ciudadanía, enhebrándose de nuevo en este camino con la historia social de las mayorías.

REFLEXION

Juan de la Cruz desde América Latina/ Gustavo Gutiérrez

Quisiera, antes de entrar en materia, agradecer la invitación para participar en este Congreso sobre San Juan de la Cruz (*), cuyas obras han nutrido la vida cristiana de tantos de nosotros.

Me parece justo presentar, desde el inicio, la dificultad aparente o real de quien tiene la experiencia, como ciudadano y como cristiano, de una realidad como la latinoamericana, para expresar su interés por la persona que nos convoca. La expresión de este interés creo que está en la intención de quienes me invitaron a participar en el Congreso.

DESDE AMERICA LATINA

Vengo de un continente en el cual más del 60% de la población vive en una situación que los técnicos llaman de "pobreza" y de "pobreza extrema" o indigencia. Esto significa que las personas no logran satisfacer sus necesidades básicas, y en los casos de indigencia carecen de las cosas más elementales. Vengo de un continente donde en los últimos 20 años

(*) Este texto fue presentado como ponencia en el Congreso Internacional Sanjuanista, realizado en Avila, España, del 23 al 28 de septiembre de 1991, con ocasión del IV Centenario de San Juan de la Cruz.

por esos hermanos en la fe al desarrollar una amplia vinculación entre las parroquias de Freiburg y muchas diócesis del Perú.

El método que empleó primeramente fue de establecer relaciones para obtener un conocimiento de las diversas circunstancias en que vivían los feligreses de ambas partes mediante relaciones epistolares. Además procuró con empeño que obispos y agentes pastorales peruanos visitasen las parroquias de la arquidiócesis para personalmente conocer a los interesados en el Partnershaft y de palabra expusiesen las realidades de la nación e iglesias peruanas, habiendo previamente establecido fructuoso contacto con el Sr. Arzobispo Oskar Saier, propulsor incansable de la hermandad.

Más, se lanzó a visitar el Perú, recorriendo largos y polvorientos caminos para llegar a pueblos situados a algunos miles de metros

de altura con el fin de conocer a los habitantes andinos y escuchar sus relatos o responder a sus preguntas, y también se esforzó por comprender el castellano y aún hablarlo.

Ha sido una humilde, sencilla y fervorosa entrega al servicio del prójimo para colaborar con los pobres y marginados de esas vastas regiones en cumplimiento, lleno del Espíritu, del precepto de Cristo de "amamos los unos a los otros como El nos amó".

Los amigos y beneficiados de su caridad cristiana, agradecidos, elevan sus oraciones para que el ejemplo del Dr. Zwingmann encuentre seguidores y que él al gozar de la luz eterna siga preocupándose por el Perú.

¡Que el Señor le pague su inmensa caridad!

+José Dammert Bellido
Obispo de Cajamarca y
Presidente de la Conferencia
Episcopal Peruana



COLECCION TARJETAS "500 años"

Carpetas con 8 modelos
Edición: Servicios de Impresión
Telf. 82-4099

DOCUMENTOS

Un nuevo Perú, tarea de todos/ Conferencia Episcopal Peruana

I. INTRODUCCION

1. El momento difícil que atraviesa el país tras la ruptura del orden constitucional, nos convoca a todos a la reflexión, la responsabilidad, la solidaridad y el diálogo.

2. En medio de la compleja realidad que vivimos, hay que "tratar de comprender cuál es la voluntad del Señor" (Ef. 5, 7), aquí y ahora.

3. Como pastores deseamos contribuir a ello desde el mensaje del Evangelio y desde la Enseñanza Social de la Iglesia.

II. ¿QUE PASA CON NUESTRO PERU?

A. Una situación conflictiva

4. A pesar de que en nuestra situación percibimos signos de esperanza, es preciso reconocer los gravísimos problemas que nos aquejan para poder afrontarlos, en particular la injusticia social, la corrupción y la violencia en todas sus expresiones y consecuencias.

5. Hemos de tener el valor y la sinceridad suficiente para ver las cosas como son, llamarlas por su nombre y aceptar la parte de res-

ponsabilidad que nos corresponde.

6. El flagelo de la violencia incrementa estos males, sumándoles un insoportable derramamiento de sangre, destrucción, miedo y violación de los derechos humanos. La corrupción, la inmoralidad y la impunidad generalizadas exacerbaban la frustración de todos y el clamor por un cambio profundo.

7. Es difícil para los seres humanos reconocer los propios errores y fallas interiores y exteriores. Esto vale tanto para los miembros de la Iglesia como para los de la sociedad civil, para los responsables y gobernantes, como para los ciudadanos comunes.

8. Los conflictos destructores, enfrentamientos y otras situaciones negativas como las que hoy lamentamos, no existirían o serían notablemente más manejables si hubiésemos actuado a tiempo y dialogando con el valor que reclamaban las circunstancias.

B. Raíces profundas de la crisis

9. En otros documentos hemos señalado algunos de los problemas que consideramos especialmente graves en nuestra sociedad (Perú escoge la Vida, 1989; Queremos

la Paz, 1991; Paz en la Tierra, 1992).

10. No hemos logrado construir hasta ahora un orden social que permita a todos los peruanos una vida digna, ni una democracia que garantice realmente los derechos fundamentales de las personas y el respeto a la voluntad de la población. Para una gran mayoría el hambre, la enfermedad, el desempleo, la inseguridad, la injusticia y el abuso son desde hace mucho tiempo realidades cotidianas.

11. Esta situación se ha agravado con la larga crisis económica y con el poco éxito de las políticas implementadas para enfrentarla. Además, el peso no es equitativamente compartido: cae principalmente sobre los sectores populares. Más de la mitad de la población se encuentra en condiciones de extrema pobreza. A eso se añade la disminución de la calidad de los servicios públicos, lo que conduce a un deterioro creciente del nivel de vida.

12. Los Obispos del Perú ya en 1988 advertíamos que la raíz de la crisis socio-económica y política en nuestra Patria es moral y finalmente religiosa. Crisis moral que no se limita a algunas personas o instituciones, sino que toca a todo el cuerpo social, y que muestra cuán profundamente nos hemos alejado de lo que la Palabra de Dios nos dice sobre el hombre, sobre el sentido de su vida y sobre la sociedad. (Perú escoge la Vida, Nº 3).

C. Un Estado desarticulado. Una sociedad desmoralizada

13. A estas realidades las instituciones no han respondido hasta ahora con la eficacia debida, motivando por ello que la población las sienta ajenas y se distancie de ellas.

A su vez, este distanciamiento ha quitado operatividad a dichas instituciones, minando su capacidad de garantizar la ejecución del bien común.

14. Se observa asimismo cierta falta de coordinación e incoherencia en la respuesta del Estado y la sociedad peruana a los problemas fundamentales del País, particularmente ante el accionar de grupos subversivos y terroristas.

15. Muchos de los actores políticos son en gran medida responsables por esta quiebra y desmoronamiento que afecta a los sectores del poder central, ejecutivo, legislativo, judicial y locales, lo mismo que a los partidos políticos, organizaciones gremiales y sindicales. Se percibe una efectiva pérdida de la credibilidad moral y de la representatividad social de los dirigentes y de los gobernantes (Cfr. Centesimus Annus, N 47).

16. Nos falta más responsabilidad cívica. En "Perú escoge la Vida", N 34 señalábamos que tanto ciudadanos como autoridades hacemos poco caso de las leyes. Elegimos a las autoridades públicas, pero luego no las apoyamos ni las controlamos, esperando sin embargo, éxitos mágicos o atribuyéndoles toda la responsabilidad por los problemas de la colectividad.

17. Nuestra preocupación fundamental, más allá de los casos personales, va al sistema que los alimenta o consiente, y a la falta de castigo y de sanción por parte de una sociedad y de unas Instituciones complacientes y hasta cómplices.

D. En medio de las dificultades, signos de esperanza

18. Sin embargo, aún en medio de las dificultades de nuestro País,

podemos encontrar numerosas señales de esperanza y muchos ejemplos a seguir.

19. Existen muchas muestras de solidaridad y amor al prójimo que aparecen en situaciones difíciles. Son también muy importantes las actitudes de muchos empresarios que se quedan a invertir en el país, de los profesionales que optan por trabajar por el Perú, de Alcaldes y otras autoridades civiles y militares que desafían el riesgo, y en general de miles de personas de buena voluntad que arriesgan su vida por los demás. Estas actitudes nos permiten observar signos de resurrección, de sincero compromiso con la vida.

20. También hay que destacar el caso de muchos peruanos que han dado la vida por defender a sus hermanos y a su libertad; los de miles de pobladores y campesinos que a pesar de las amenazas se movilizan por la paz; los de las mujeres que no se dejan intimidar y continúan atendiendo las necesidades de sus familias; de policías y soldados que cumpliendo su deber son sacrificados sin posibilidad de defensa; los de sacerdotes, religiosas y laicos que no han permitido que la amenazas ni la muerte los separen del pueblo al que pertenecen y que el Señor les ha confiado (Paz en la Tierra, N 12).

III. UN NUEVO PERU, TAREA DE TODOS

A. Dar Testimonio del Evangelio

21. Nuestra labor pastoral sólo es integral si a la hora de proclamar el Evangelio, tomamos en cuenta los desafíos y retos que nos vienen de la realidad (Cfr. E.N., N 19). Somos actores y no espectadores

del drama humano que se desarrolla alrededor nuestro (Cfr. Queremos la Paz, 1991).

22. La Iglesia que como Pueblo de Dios vive y sufre esta realidad, se esfuerza en anunciar desde el seno de la misma, el mensaje cristiano de esperanza, vida, justicia, reconciliación y paz. Nuestra misión eclesial consiste en acercar esta realidad conflictiva hacia el proyecto de Dios en quien creemos y cuyos testigos queremos ser.

23. Una vez más queremos reiterar que "la obra de la justicia será la paz y los frutos de justicia serán tranquilidad y seguridad para siempre" (Is. 32, 17).

B. Quebrar la espiral de la violencia

24. Como Iglesia condenamos una vez más el asesinato, la destrucción y toda violación de derechos humanos.

25. Es indignante la escalada de asesinatos selectivos contra dirigentes populares, policías, periodistas y también la criminal modalidad de los coches-bomba que siembran la muerte y destrucción indiscriminadas. Es necesario hacer todos los esfuerzos por detener a estos grupos terroristas e imponerles la sanción que merecen.

26. Para poder quebrar la espiral de la violencia, la respuesta del Estado debe ser cuidadosa e inteligente. Sobre todo, en momentos en que la institucionalidad democrática no funciona plenamente. Se debe evitar cuidadosamente afectar a inocentes e incurrir en excesos. Por otra parte, no debemos ceder a la provocación ni caer en el pecado de la venganza: "Cuiden que nadie devuelva a otro mal por mal" (1 Tes. 5, 15).

27. La defensa de la vida, es un valor que debe prevalecer hoy más

que nunca y debe ser considerada una responsabilidad colectiva que debe expresarse en leyes e instituciones (Paz en la Tierra, N 35).

28. El trabajo por la paz, es la concreción de altos ideales humanos y cristianos y la tarea urgente de hoy. Nuestro pueblo, al luchar por la vida y por el desarrollo integral de todos los peruanos sin excepción, anhela situaciones más humanas y justas.

29. Ante la gravísima situación de la violencia permanente y generalizada, que produce numerosas víctimas y consecuencias sociales y económicas nefastas para nuestro pueblo, como Iglesia y desde nuestra misión de Pastores, en nombre de Dios, hacemos un llamado a todos los sectores de la sociedad, a todos los hombres de buena voluntad. Asumamos juntos responsable y solidariamente la parte que nos toca en la tarea de la pacificación de nuestra Patria (Cfr. Queremos la Paz, N 10).

C. Restablecer la democracia

30. Las fundadas críticas a todos los poderes del Estado y actuación de los partidos políticos no significan que la población prefiera un sistema distinto al democrático. Ella quiere:

- **Un Parlamento**, que cumpla su función legislativa, fiscalizadora y representativa sin aislarse de las necesidades y aspiraciones populares;

- **Un Ejecutivo**, que responda con eficacia y testimonio de servicio, a los graves problemas que nos afligen, y que abra los más amplios canales de participación ciudadana en las decisiones a todos los niveles;

- **Un Poder Judicial**, que administre justicia con real imparciali-

dad y ética, y recobre así la confianza de los sencillos, y

- **Unos partidos políticos**, que en vez de buscar intereses particulares se aboquen al logro del bien común.

Y en todos exigir honestidad y moralidad no sólo de palabras.

31. La práctica cotidiana de las múltiples organizaciones del pueblo muestra una voluntad profundamente democrática, probada en la resistencia de cada día al acoso de la miseria y del terror; ello desmiente la pretensión de interpretar como una demanda de autoritarismo, el justo reclamo de que las Instituciones del Estado cumplan sus funciones.

32. "La Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica (...). Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de Derecho" (Centésimo Anus, N 46).

33. Queremos insistir en la responsabilidad de los medios de comunicación social, en la promoción de una cultura democrática y de claros valores éticos. Su rol es hoy muy importante en la información exacta y verídica y en la orientación de la opinión pública; en la fiscalización de las acciones políticas y económicas de los que detentan el poder, y en la defensa de la libertad de una sana expresión.

34. En el uso de los instrumentos de comunicación urge el rechazo firme y valiente de toda forma de monopolización y manipulación (Cfr. Christifideles Laici, N 44).

D. Promover un diálogo eficaz

35. La solución de la actual crisis debe ser buscada de una manera democrática. De lo contrario, toda medida devendría frágil, ilegítima e ineficaz, y constituiría una grave amenaza a nuestro futuro como Nación.

36. Es urgente promover cuanto antes un diálogo y buscar consensos sobre los mecanismos más adecuados. Se debe cumplir con seriedad los acuerdos asumidos. La responsabilidad fundamental en la promoción del diálogo corresponde en primer lugar a quienes actualmente detentan el poder.

37. "El dialogo supone y exige una capacidad de comprensión; es un trasvase de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre (...). El diálogo no es orgulloso, no es imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso" (Eclesiam Suam, N 76).

38. Los partidos políticos, por su parte, se encuentran ante el desafío de renovarse y de reorientarse para estar a la altura de sus responsabilidades para con el país, siendo instrumentos de verdadera participación ciudadana. Pero toda la ciudadanía debe sentirse responsable -aun desde el nivel personal- de las decisiones que el momento exige.

39. Es imprescindible que los peruanos nos escuchemos todos, que hagamos un esfuerzo por comprender los puntos de vista de los otros, abriendo el camino a la solución pacífica de nuestras divergencias y enfrentando en común los graves problemas que nuestro país tiene ante sí (Cfr. Paz en la Tierra, N 80).

E. Orientarse por la Doctrina Social de la Iglesia

40. La Doctrina Social de la Iglesia tiene como fin principal la promoción y liberación del hombre, busca primordialmente la preparación y formación de los cristianos para que su presencia en la sociedad sea un auténtico servicio a la construcción de la comunidad humana y ala extensión del Reino de Dios, aún a las cosas de este mundo.

41. "Los fieles laicos de ninguna manera pueden abdicar de la participación en la 'política', es decir de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común...".

42. "Todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la política, si bien con diversidad y complementariedad de formas, niveles, tareas y responsabilidades".

43. "Las acusaciones de arribismo, de idolatría del poder, de egoísmo y corrupción que con frecuencia son dirigidas a los hombres del gobierno, del parlamento, de la clase dominante, del partido político, como también la difundida opinión de que la política sea un lugar de necesario peligro moral, no justifican lo más mínimo ni la ausencia ni el escepticismo de los cristianos en relación con la cosa pública" (Christifideles Laici, N 42).

44. Para ello es imprescindible una educación de nuestra conciencia política: "Sólo un pueblo maduro, verdaderamente solidario y cívicamente responsable, puede superar relaciones sociales de servidumbre y explotaciones inveteradas y nuevas" (Perú Escoge la Vida, N 34).

IV. CONCLUSION

A. Orar por el Perú

45. Unamos a las acciones ya planteadas, la oración, la reflexión, la sencillez de vida, que son gratas a Nuestro Señor. Hagamos presente la fuerza del Evangelio para renovar la esperanza, la generosidad, la constancia en el bien de todos los peruanos. Con la ayuda del Señor, lograremos la necesaria

participación de nuestro pueblo y la apertura de todos al diálogo veraz y constructivo.

46. "Este puede ser un momento de transformación de donde surja algo nuevo, algo mejor, algo cualitativamente distinto de lo que hemos vivido hasta ahora" (Paz en la Tierra, N 41).

Lima, 16 de Junio de 1992.
Consejo Permanente del
Episcopado Peruano



NUEVA SOCIEDAD

FEBRERO-MARZO 1992
Director: Alberto Koschützke

Nº 118
Jefe de redacción: S. Chejfec

COYUNTURA: **Fabio Sandoval P.** Colombia. ¿El momento de la verdad? **José Rodríguez Elizondo.** Chile. La transición más rápida. **Paul Sutton.** Caribe-Europa. Momentos decisivos.

ANÁLISIS: **Fernando Fajnzylber.** La industrialización en América Latina. De la «caja negra» al «casillero vacío». **Edelberto Torres-Rivas.** Personajes, ideologías y circunstancias. Lo socialdemócrata en Centroamérica. **Susanne Jonas.** América Central en transición. Entre un pasado imperial y un futuro incierto. **Claudio Rama.** La industria cultural frente a la integración. El caso uruguayo. **Marta Fuentes.** Feminismo y movimientos populares de mujeres en América Latina.

POSICIONES: **Victor Manuel Valle.** Ética, política y las perspectivas del Acuerdo de Nueva York. **Centrales no afiliadas a organizaciones sindicales mundiales.** Coyuntura internacional: rumbos y desafíos para el movimiento sindical.

LIBROS

TEMA CENTRAL: **CARGOS Y CARGAS. PRESIDENTES LATINOAMERICANOS.** **Ana María Campero.** Jaime Paz Zamora. El pragmático que venció al idealista. **Maria Lourdes Pallais.** Violeta Barrios de Chamorro. La reina-madre de la nación. **Francisco de Oliveira.** Fernando Collor de Mello. Perfil de un prestidigitador. **Rosario Espinal.** Joaquín Balaguer. El eterno retorno de la política dominicana. **Raúl Trejo Delarbre.** Carlos Salinas de Gortari. Un presidente que no deja de correr. **Oscar Ugarteche.** Alberto Fujimori, entre el Ying y el Yang. **Manuel Caballero.** Carlos Andrés Pérez. ¿Presidente, líder o historia?

SUSCRIPCIONES
(incluido flete aéreo)

ANUAL
(6 núms.)

BIENAL
(12 núms.)

América Latina

US\$ 30

US\$ 50

Resto del Mundo

US\$ 50

US\$ 90

Venezuela

Bs. 500

Bs. 900

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

RESEÑAS

Aportes a una memoria colectiva (X)

A propósito de un historia común / Laura Elías

En esta oportunidad les ofrecemos la reseña de algunos de los múltiples trabajos que han abordado la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega.

Y es que después de 500 años aún hoy tenemos que enfrentar lo que muchos académicos modernos (Ashis Nandy, entre otros) denominan "el enemigo interno", en otras palabras las formas de interiorización del dominio colonial, los sedimentos de 500 años de pervivencia de esquemas mentales coloniales. Las formas como estas batallas fueron libradas por muchas personas, entre otras César Vallejo, José María Arguedas, Guamán Poma de Ayala y, en el caso de esta reseña, el Inca Garcilaso de la Vega, son un aliciente para librar las nuestras.

-Hernández, Max. *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega.* Colección Encuentros; Sociedad Estatal Quinto Centenario; España; Serie textos; Ediciones Siruela S.A. 1991; 210 págs.

El sicoanalista peruano Max Hernández nos introduce en la vida y obra del Inca Garcilaso de la Vega en una profunda y sugerente reflexión sicoanalítica sobre cómo

es que el principio de lo subjetivo se fue construyendo en la historia de nuestra patria.

Hernández nos recuerda que en 1532, en Cajamarca "se configuró el entrevero de personajes y culturas que han capturado hasta hoy nuestra mente o se refleja en aquellas facetas desde las que aspectos que preferimos ignorar rebotan sobre nosotros, propiciando el que nos reconozcamos más indios de lo que creíamos y a la vez más españoles de lo que sabíamos"; el autor nos dice que de aquel encuentro surgieron temas históricos, sociales y psicológicos que debemos afrontar si no queremos terminar en la angustiada parálisis que se produce cuando se está acosado por los fantasmas que persiguen a los que han cortado con sus raíces.

Hernández coloca en el diván la historia, nuestra historia colectiva y nos plantea la necesidad de este análisis, nos dice que hay que ir al fondo, más atrás de esa fundación traumática y sangrienta que impulsó a los conquistadores.

Aceptar que el encuentro tuvo lugar, que fue desigual y violento, que lo "tanático, actuando por doquier, desbordaba cualquier dimensión amorosa que pudiera